

oráculo, había hablado. Restaurar un par es restaurar toda la pairía; la monarquía se presentaba en esta ocasión respetuosa guardiana de sus privilegios. Por horrible que fuese el rostro del nuevo lord, un rostro no es nunca una objeción contra un derecho. Ana se dijo á sí misma, poco más ó menos, todo esto, y se fué recta á satisfacer su objeto femenino y real.

La reina estaba entonces en Windsor, lo que ponía alguna distancia entre las intrigas de la corte y el público, y además, solo las personas absolutamente precisas estaban en el secreto de lo que iba á suceder.

Barkilphedro estaba gozoso, lo que añadió á su fisonomía expresión más lúgubre, á pesar de que la alegría es poco á propósito para dar semejante expresión. Gozó la voluptuosidad de probar el primero la calabaza de Hardquanonne. Este encuentro no le causó gran sorpresa, porque el asombro es propio de los espíritus menguados. Por otra parte, hacía mucho tiempo que esperaba algo de la casualidad, y pues lo esperaba, debía llegar.

El *Nihil mirari* formaba parte de su continente; pero en el fondo estaba maravillado. El que hubiese podido arrancarle la máscara con que cubría la conciencia, hasta delante de Dios, hubiera visto en Barkilphedro lo siguiente: precisamente en aquellos momentos empezaba á convencerse de que sería imposible para él, enemigo íntimo é ínfimo, causar herida alguna en la elevada existencia de la duquesa Josiana, y este convencimiento le producía un acceso frenético de animosidad latente y le conducía hasta el paroxismo que se llama desfallecimiento. Estaba tan furioso que desesperaba. Barkilphedro llegaba ya al extremo de renunciar, no á querer el daño de Josiana, sino á causárselo; no á la rabia, sino á la mordedura. Qué caída para él! Soltar la presa! ¡Guardar para siempre el odio dentro de la vaina, como un puñal en un museo! Ruda humillación!

Pero de repente la calabaza de Hardquanonne vino de ola en ola á caer en sus manos. Barkilphedro, ante la presencia de dos testigos, jurados indiferentes del Almirantazgo, abre la calabaza, encuentra el pergamino, lo desdobra y lee... ¡Monstruosa fué la satisfacción que le causó su lectura!

Causa extrañeza ver que el mar, el viento, los espacios, el flujo y el reflujo, las tempestades y las calmas puedan

conjurarse para proporcionar la felicidad á un malvado; esta complicidad duró quince años; durante ese tiempo el Océano no estuvo un minuto sin trabajar para conseguir ese objeto. Las olas se transmitieron unas á otras la calabaza sobrenadando; los escollos esquivaron el choque del vidrio; ni una hendidura lo desgració, ningún frote gastó el tapon; las algas no pudrieron los mimbres, los mariscos no habían roído la palabra *Hardquanonne*, el agua no pudo introducirse en su interior, el enmohecimiento no había deshecho el pergamino, la humedad no borró lo escrito; y de este modo, el objeto que el doctor Gerhardus arrojó al mar, el mar se lo remitió á Barkilphedro, y el mensaje dirigido á Dios lo recibió el demonio. Hubo abuso de confianza en la inmensidad, y la ironía oscura, que se mezcla en todas las cosas, se lo arregló de manera que complicó el triunfo leal, el niño perdido Gwynplaine, convertido en lord Clancharlie, con una victoria venenosa, é hizo malignamente una buena acción, poniendo la justicia al servicio de la iniquidad. Libertar á la víctima de Jacobo II era dar una presa á Barkilphedro. Rehabilitar á Gwynplaine era entregarle á Josiana. Barkilphedro triunfaba: ¡y para conseguir este triunfo, durante tantos años las olas y las ráfagas habían respetado esa calabaza, preñada de tantos acontecimientos! ¡Se verificaba este prodigio para complacer á un miserable! ¡El infinito era el colaborador de un vil gusano! El destino tiene voluntades sombrías.

Barkilphedro tuvo un momento de orgullo satánico al creerse el centro y el fin de lo sucedido, pero se equivocaba. Rehabilitemos al azar; no era ese el verdadero sentido del hecho notable, del que se aprovechaba el odio de Barkilphedro. El Océano se constituyó en padre y madre de un huérfano, desatando la tempestad contra sus verdugos, haciendo añicos al buque que rechazó al niño, tragándose á los naufragos, rehusando sus súplicas y aceptando solo su arrepentimiento; la tempestad recibió un depósito de las manos de la muerte, y el robusto navío que llevaba á los criminales fué reemplazado por la frágil redoma, que encerraba la reparación; la mar cambiando de papel; de pantera se trocó en nodriza, y púsose á mecer, no al niño, sino al destino del niño, mientras éste crecía, ignorando lo que el abismo hacía por él; las olas, á las que arrojaron la calabaza, velaron por un pasado que en-

cerraba un porvenir; el huracán soplando, las corrientes dirigiendo el frágil objeto al través del insondable itinerario del agua, obrando con maña las algas, las olas y las rocas; tomando bajo su protección á un inocente la vasta espuma del abismo, siendo imperturbable la ola como la conciencia, el caos restableciendo el orden, el mundo de las tinieblas conduciendo á la claridad, y empleando todas sus sombras en hacer brillar el astro de la verdad; el proscrito consolado en la tumba, la herencia restituida al heredero, el crimen del rey destruido, la premeditación divina obedida, y el pequeño, el débil, el abandonado, teniendo por tutor al infinito; hé aquí lo que pudo ver Barkilphedro en el acontecimiento que creyó realizado por él, y hé aquí lo que no vió, no comprendiendo que se realizaba en favor de Gwynplaine y no en favor suyo.

Por otra parte, extrañar que un frágil objeto pueda nadar durante quince años sin sufrir ninguna avería, es desconocer la profunda suavidad del Océano. El 4 de Octubre de 1867, en Morbilan, entre la isla de Groix y la roca de los Errantes, unos pescadores de Port-Louis encontraron una ánfora romana del cuarto siglo, que cubrían de arabescos las incrustaciones del mar. Dicha ánfora había flotado quinientos años.

Aunque Barkilphedro quiso conservar su aspecto flemático, su asombro igualaba á su alegría. Todo se le presentaba bien, como si estuviese preparado. Los pedazos de la aventura, que había de satisfacer su odio, de antemano estaban esparcidos, pero á su alcance; no necesitaba más que juntarlos y soldarlos.

Sabía quién era Gwynplaine: *Mascaridens*. Como todo el mundo, él había ido á ver al *Hombre que ríe*, y había leído el cartel fijado en la posada de Tadcaster, como se lee el cartel de un espectáculo que atrae mucho público, y se acordaba perfectamente: este cartel, en la evocación eléctrica que se operó en él, reapareció ante su mirada profunda, y fué á colocarse al lado del pergamino de los naufragos, como la respuesta al lado de la pregunta, como la palabra al lado del enigma, y estas líneas, "Aquí se verá á Gwynplaine, abandonado á la edad de diez años, la noche del 29 de Enero de 1690, á la orilla del mar, en Portland," adquirieron de repente ante su vista resplandecimiento apocalíptico, y esta visión tuvo para él el centelleo del *Mane Thecel Phares* sobre un tinglado de feria.

El niño perdido se encontró, y era un lord Clancharlie. La pairía, la riqueza, el poder y el rango, todo esto acababa para lord David Dirry-Moir y empezaba para Gwynplaine. Castillos, bosques, sitios de caza, palacios, dominios y hasta Josiana, todo era para Gwynplaine. ¿Qué iba á tener en cambio la orgullosa duquesa? Ilustre y altiva, poseía un historion, y hermosa y fascinante, á un monstruo. Jamás hubiera podido imaginar Barkilphedro tan tremenda solución; por eso estaba entusiasmado. Puede sobrepujar á las combinaciones más odiosas la munificencia infernal de lo imprevisto. Cuando la realidad quiere produce obras magistrales.

Al cerciorarse de esto, á Barkilphedro le parecieron estúpidos los pensamientos vengativos que le habían ocurrido. Este acontecimiento era superior á ellos. Aunque lo sucedido le perjudicara, hubiera deseado también que se realizase; hay una clase de insectos desinteresados que pican sabiendo que morirán al picar, y Barkilphedro era uno de esos gusanos.

En esta ocasión no podía tener el mérito del desinterés. Lord David no le debía nada y lord Clancharlie iba á debersele todo. De protegido iba Barkilphedro á pasar á protector, ¿y protector de quién? De un par de Inglaterra. ¡Y este lord sería el cuñado morgánico de la reina! Por ser tan horrible, complacería á la reina tanto como disgustaría á la duquesa Josiana. Impulsado por este favor y vistiendo grave y modestamente, Barkilphedro podría llegar á ser un personaje. Tuvo siempre propensión á la Iglesia y sentía vagos deseos de ser obispo. Esperando que llegase esa coyuntura se conceptuaba dichoso.

Barkilphedro era hábil en el arte de la sujestión, que consiste en abrir en el espíritu de los demás una pequeña incisión, en la que se mete una idea propia: conservándose á cierta distancia y aparentando no inmiscuirse en nada, consiguió que Josiana fuese á la Green-Box y que viera á Gwynplaine. Esto no podía perjudicar. El saltimbanqui, desempeñando su bajo oficio, era un buen ingrediente para la combinación; más tarde esto la sazonzaría.

En silencio lo prevenía todo de antemano, deseando producir algo repentino que cayese como un rayo. Cuando terminaron los preliminares, veló por que se cumpliesen todas las formalidades legalmente, y el secreto no se que-

brantó, porque el silencio formaba parte de la ley.

La confrontación de Hardquanonne con Gwynplaine se verificó y Barkilphedro la presencié. Ya hemos visto su resultado.

El mismo día, una carroza de posta de la reina fué bruscamente, de parte de su majestad, á buscar á Josiana á Lóndres para conducirla á Windsor, donde Ana pasaba la estación. Josiana, por alguna idea que la agitaba, hubiese querido desobedecer, ó por lo menos retardar, la partida hasta el día siguiente, pero en la vida de la corte no caben estas resistencias; tuvo que ponerse en camino inmediatamente y abandonar su residencia de Lóndres, Hunkervillehouse, por su residencia de Windsor, Corleone-lodge.

La duquesa Josiana salió de Lóndres en el mismo momento en que el wape-take se presentaba en la posada de Tadcaster para llevarse á Gwynplaine y conducirlo al subterráneo penal de Southwark.

Cuando la duquesa llegó á Windsor, el ujier de la vara negra, que guarda la Cámara de presencia, la enteró de que su majestad se había encerrado con el lord-canciller y de que no podía recibirla hasta el día siguiente: supo ya á qué atenerse en Corleone, según disposición de su majestad, y que ésta le enviaría sus órdenes cuando se despertase al día siguiente por la mañana. Josiana entró en su casa despechada, cenó de mal humor, tuvo jaqueca, despidió á todo el mundo, exceptuando á su groom; después le despidió también y se acostó cuando ya era de día.

Al llegar supo que lord David Dirry-Moir recibió también el mandato de venir inmediatamente á tomar las órdenes de la reina, y que al día siguiente le esperaban en Windsor.

### III.

Nadie pasaría bruscamente de la Siberia al Senegal sin perder el conocimiento.—(Humboldt.)

No debe sorprendernos que se desmaye el hombre más fuerte y más enérgico cuando recibe un golpe de maza de la fortuna. Francisco de Albescola, que arrancó á los puertos turcos sus cadenas de hierro, cuando le nombraron Papa permaneció un día entero sin conocimiento, y de cardenal á Papa el salto es mucho menor que de saltimbanqui

á par de Inglaterra. Nada es tan violento como estas rupturas del equilibrio.

Era ya de noche cuando Gwynplaine volvió en sí y abrió los ojos. Estaba sentado en un sillón y en una vasta cámara toda cubierta de terciopelo de color de púrpura, paredes, piso y techo; se andaba en ella sobre terciopelo. Cerca de él estaba, de pié y con la cabeza descubierta, el hombre del vientre grueso y de la capa de viaje que salió por detrás de un pilar del subterráneo de Southwark. Gwynplaine, desde el sillón, extendiendo el brazo, podía tocar dos mesas, que cada una de ellas sostenía un candelabro con seis cirios encendidos. En una de las mesas había papeles y un cofrecillo, y en la otra, en una fuente de plata sobredorada, volatería fría y una botella de brandy.

Por los vidrios de una larga ventana, que desde el suelo llegaba hasta el techo, el cielo nocturno y claro del mes de Abril dejaba entrever á la parte exterior un semicírculo de columnas alrededor de un patio cerrado con un portal de tres puertas, una alta y dos bajas; la puerta cochera, muy grande, en el centro; á la derecha la puerta de las caballerizas, que era menor, y á la izquierda la puerta de los mozos y dependientes de las cuadras, que era más pequeña aun. Las tres puertas estaban cerradas con rejas, cuyos remates brillaban, y un dibujo de escultura elevado coronaba la central. Las columnas eran de mármol, como el pavimento del patio, que parecía nevado, encuadrando en su sábana de láminas lisas un mosaico que no se podía ver claro en la oscuridad, pero que de día presentaría á la vista todos los esmaltes y todos los colores de un gigantesco blason, según la moda florentina. Por encima del patio se elevaba inmensa arquitectura brumosa y vaga contemplándola de noche, é intervalos de cielo, llenos de estrellas, recortaban la silueta de un palacio.

En la cámara en que se encontraba Gwynplaine, en el fondo y frente á la ventana, se veía á un lado una chimenea muy alta, y al otro lado, debajo de un dosel, un espacioso lecho feudal, uno de esos lechos á los que se subía con una escala y en los que podían acostarse al través. El escabel del lecho estaba á un lado de él. Una línea de sillones pegados á la pared y otra de sillones completaban el mueblaje: fuego de leña, á la francesa, llameaba en la chimenea: por la riqueza de las llamas y por sus

estrias rosadas y verdes, un inteligente hubiera asegurado que aquella leña era de fresno, lo que indicaba un gran lujo; la cámara era tan grande, que á pesar de las doce luces de los dos candelabros estaba oscura. Aquí y allá, portiers caídos y flotantes indicaban comunicaciones con las otras cámaras. El conjunto de la estancia que describimos ofrecía el aspecto cuadrado y macizo de la época de Jacobo I, moda antigua y soberbia: como las paredes, el techo y el piso, las colgaduras, el dosel, el baldaquí, la cama, el escabel, la chimenea, los tapetes de las mesas, los sillones y las sillas, todo, todo era de terciopelo carmesí. Solo en el techo había adornos de oro: en él, á igual distancia de los cuatro ángulos y en el centro, campeaba un escudo redondo de metal, en el que chispeaba un deslumbrador relieve de armas; en estas armas, sobre los blasones, próximos uno de otro, se veía un burulete de baron y una corona de marqués: ¿eran de cobre dorado ó de plata sobredorada? No se sabía; parecían de oro. En el centro de ese techo señorial, magnífico cielo oscuro, ese centelleante escudo daba el sombrío resplandor de un sol de noche.

El hombre salvaje ingertado de hombre libre, está tan inquieto en un palacio como en una prisión. Esos sitios soberbios le marean y sus magnificencias le asustan. ¿Quién era el habitante de esta morada augusta? ¿A qué coloso pertenecía esta grandeza? ¿De qué león era antro este palacio?

Gwynplaine, no despertado aun completamente, tenía oprimido el corazón.

—En dónde estoy?... preguntó.

El hombre que permanecía en pié ante él le respondió:

—Estais en vuestra casa, milord.

### IV.

#### Fascinación.

Gwynplaine fué arrojado al fondo del asombro, y necesitó mucho tiempo para llegar á la superficie, porque no se afirma en seguida el pié en lo desconocido. Las ideas sufren derrotas como los ejércitos, y no se consigue rehacerlas inmediatamente. Nos creemos como deseminados al asistir á una disipación de nosotros mismos. Dios es el brazo, el aca-so la honda y el hombre la piedra: no es posible resistir una vez lanzada.

Gwynplaine saltaba de un asombro á otro: de la carta amorosa de la duquesa,

á la revelación del subterráneo de Southwark.

Cuando lo inesperado comienza en una vida, hay que prepararse para recibir una emoción tras otra; cuando su puerta feroz se abre, las sorpresas se precipitan por ella. Una vez abierta la brecha, pasan por ella confundidos los acontecimientos, y lo extraordinario no llega una sola vez.

Lo extraordinario es una oscuridad, y esta oscuridad envolvía á Gwynplaine. Lo que le acontecía era incomprendible: lo entreveía al través de la niebla que la conmoción profunda deja en la inteligencia, como polvo que salta de un derribo. Su sacudida fué de abajo arriba, y nada veía claro, pero poco á poco iba restableciéndose la transparencia: el polvo iba cayendo; de momento en momento la densidad del hundimiento decrecía. Gwynplaine tenía la mirada fija en un sueño y trataba de ver lo que había dentro. Descomponía y recomponía la nube. Tenía intervalos de alucinación. Sufrió la oscilación que experimenta el espíritu en lo imprevisto: la que unas veces nos inclina á la parte que se comprende y otras á la parte que no se comprende. ¿Quién no ha tenido esta balanza en el cerebro?

Por grados se dilataba su pensamiento en la oscuridad del incidente, como se dilataron sus pupilas en las tinieblas del subterráneo de Southwark. Lo difícil para él era poder conseguir poner cierto espacio entre tantas tentaciones acumuladas. Para que la combustion de ideas confusas llamada comprensión pueda verificarse, es preciso que tengan aire las emociones, y aquí no lo tenían. El acontecimiento, por decirlo así, no era respirable. Al entrar Gwynplaine en el terrorífico subterráneo de Southwark, esperaba que le iban á amarrar con la cadena del forzado, y le ciñeron á la cabeza la corona de par. Cómo fué eso posible? No mediaba ningún tiempo entre lo que Gwynplaine tenía y lo que le aconteció: las dos cosas se sucedieron demasiado de prisa; su sobresalto se cambió en asombro demasiado bruscamente para poderse dar razón de ello. Los contrastes estaban demasiado juntos.

Gwynplaine callaba, porque este es el instinto de los grandes estupores, que están á la defensiva más de lo que se cree. El que calla hace frente á todo. Una palabra escapada y cogida entre el engranaje desconocido puede arrojarnos debajo de no sé qué ruedas, y ser estre-

llados es el miedo de los pequeños. La multitud teme siempre que le pongan el pié encima, y Gwynplaine hace muchos años que pertenecía á esa multitud.

El estado singular de la inquietud humana se traduce con estas palabras: ver venir; Gwynplaine se hallaba en este estado. No se encontraba aun en equilibrio con su nueva situacion.

El hombre que estaba en pié le repitió:

—Estais en vuestra casa, milord.

Gwynplaine se tentaba á sí mismo. Cuando nos dan alguna sorpresa miramos para asegurarnos de que los objetos existen, y despues nos palpamos, para ver si existimos nosotros mismos. A él le hablaba Barkilphedro, pero él realmente era otro; no llevaba ya la capa ni la esclavina de cuero; llevaba un chaleco de tela de plata y un traje de satin bordado, y tenia una bolsa llena en el bolsillo del chaleco. Le transportaron á un palacio y le cambiaron de ropa.

El hombre que estaba de pié continuó hablándole:

—Dígnese vuestra señoría acordarse de lo que voy á decirle. Me llamo Barkilphedro. Soy oficial del Almirantazgo. Yo abrí la calabaza de Hardquanonne é hice salir de ella vuestro destino, así como en los cuentos árabes un pescador hace salir un gigante de una botella.

Gwynplaine se fijó entonces en la fisonomía risueña del hombre que le hablaba, y éste continuó:

—Además de este palacio, milord, poseeis á Hunkerville-housse, que es mayor. Es vuestro Clancharlie-castle, que es donde radica vuestra pairía, y que es una fortaleza de la época de Eduardo el Viejo. Poseeis diez y nueve bailías con sus aldeas y aldeanos, que alistan bajo vuestra bandera de lord cerca de ochenta mil vasallos. En Clancharlie sois juez, juez de todo, de bienes y de personas, y disponeis de corte de baron. El rey tiene como vos el derecho de acuñar moneda. El rey, que la ley normanda llama chief-signor, tiene su justicia, su corte y su *coin*. *Coin* es la moneda; de modo que sois rey en vuestra señoría como él lo es en el reino. Teneis derecho, como baron, á una horca de cuatro pilares en Inglaterra, y como marqués, á un patíbulo de siete pilares en Sicilia; os llaman príncipe las antiguas cartas de Northumbria. Estais aliado á los vizcondes Valentia, en Irlanda, que son Power, y á los condes de Umfraville, en

Escocia, que son Angus. Sois jefe de clan como Camphell, Ardmannach y Mac-Callummore. Poseeis ocho castellanías. Cobrais derechos de las turbas (carbones) de Pillimore y de las canteras de alabastro de Trent; poseeis todo el territorio de Pennethchase y una montaña que tiene encima un antiguo pueblo; éste se llama Vinecannton y la montaña Moil-eulli. Todo esto os produce una renta de cuarenta mil libras esterlinas.

Mientras Barkilphedro decia esto, Gwynplaine, con un crescendo de asombro, recordaba á Ursus, porque todos los nombres que aquel pronunciaba le eran conocidos; estaban escritos en las últimas líneas de las planchas de la antigua choza ambulante en la que transcurrió su infancia, y por haberlos leído muchas veces los sabia de memoria. Cuando Gwynplaine, huérfano y abandonado, llegó á la choza en Weymouth, encontró en ella la herencia que le esperaba inventariada; y cuando el pobre niño se despertaba por la mañana, lo primero que delectaba, descuidado y distraído, era su señoría y su pairía. Detalle extraño añadido á sus sorpresas!

Barkilphedro tocó con el índice el cofrecillo que estaba sobre la mesa y dijo:

—Milord, ese cofrecillo encierra dos mil guineas que su graciosa majestad la reina os envia para subvenir á vuestras primeras necesidades.

Gwynplaine hizo un movimiento de sorpresa.

—Pues serán para mi padre Ursus, dijo.

—Como querais, milord. Ursus, que está en la posada Tadcaster. El doctor en derecho que nos acompañó hasta aquí vá á partir en seguida y se las llevará. Quizás yo tambien vaya á Londres, y en este caso yo me encargaré de entregárselas.

—Yo se las llevaré, replicó Gwynplaine.

Barkilphedro cesó de sonreír y dijo:

—Imposible.

Existe una inflexion de voz que subraya lo que dice, y Barkilphedro habló con ese acento, parándose como para poner un punto á la palabra que acababa de pronunciar. Despues continuó, con la entonacion respetuosa y particular del criado que se reconoce amo:

—Milord, estais á veintitres millas de Londres, estais en Corleone-lodge, en vuestra residencia de corte, contigua al palacio real de Windsor. Estais aquí sin que nadie lo sepa. Os transportaron aquí

en una carroza cerrada, que os esperaba á la puerta principal de la cárcel de Southwark. Los que os introdujeron en este palacio ignoran quién sois, pero os conocen y esto es bastante. Pudísteis llegar hasta esta cámara por medio de una llave que está en mi poder. Duermen en el palacio muchas gentes en estos momentos y no es hora de despertarlos. Por eso tenemos tiempo para una explicacion, que será corta, y voy á dárosela, que para eso me comisionó su majestad.

Barkilphedro se puso á hojear el lio de cuadernos que habia sobre la mesa, al lado del cofrecillo.

—Milord, aquí teneis vuestra patente de par. Hé aquí el título del marquesado de Sicilia. Aquí están los pergaminos y los diplomas de vuestras ocho baronías, con los sellos de once reyes, desde Baldret, rey de Kent, hasta Jacobo VI y I de Inglaterra y de Escocia. Aquí teneis todos vuestros títulos. Las coronas que veis en el blason del techo son las vuestras; el burulete de perlas de baron y el círculo de flores de marqués. A vuestro lado, en vuestro vestuario, teneis el traje de par de terciopelo rojo con bandas de armiño. Hoy mismo, hace algunas horas, el lord-canciller y el diputado-conde-mariscal de Inglaterra, enterados del resultado de vuestra confrontacion con el comprachicos Hardquanonne, han recibido órdenes de su majestad. Todas las formalidades están ya cumplidas, y mañana sereis admitido en la Cámara de los Lores, en la que se delibera hace ya algunos dias sobre un bill presentado por la Corona y que tiene por objeto aumentar cien mil libras esterlinas á la dotacion anual del duque de Cumberland, marido de la reina, y ya podreis intervenir en esa discusion.

Barkilphedro se interrumpió, respiró con lentitud y continuó hablando:

—Lo que os digo no se ha realizado aun y nadie es par de Inglaterra contra su voluntad. Todo puede anularse y desaparecer si así lo quereis. Acontecimientos que se disipan antes de realizarse se ven con frecuencia en la política. Hasta ahora nadie sabe nada; la Cámara de los Lores no se enterará hasta mañana. El secreto de este asunto se guardó por razon de Estado, que es de tan graves consecuencias para las personas graves —únicas que conocen este momento de vuestra existencia y de vuestros derechos,—que los olvidarian inmediatamente

te si la razon de Estado les mandase que los olvidasen. Lo que está en la oscuridad puede permanecer en la oscuridad. Esto seria fácil de conseguir, y tanto más, cuanto que teneis un hermano, hijo natural de vuestro padre y de una mujer que, despues, durante el destierro de vuestro padre, fué querida del rey Jacobo II, y por lo que vuestro hermano está bien quisto en la corte, y á éste, aunque es bastardo, iria á parar vuestra pairía. Deseais esto? No lo creo, pero todo depende de vos. Es preciso obedecer á la reina, y no podeis salir de esta residencia hasta mañana, para ir á la Cámara de los Lores. Milord, ¿quereis ser par de Inglaterra, sí ó no? La reina tiene sus miras respecto á vos; os destina á una alianza casi real. Lord Fernando Clancharlie, este es el instante decisivo. El destino no abre nunca una puerta sin cerrar otra. Despues de avanzar mucho, ya no será posible retroceder, porque el que entra en la transfiguracion queda desvanecido. Milord, Gwynplaine ha muerto. Me comprendeis?

Gwynplaine tembló de piés á cabeza; despues se rehizo y contestó:

—Sí, os comprendo.

Barkilphedro sonrió, saludó, tomó el cofrecillo, y ocultándole debajo de la capa, salió de la cámara.

## V.

### Estado de Gwynplaine.

Extraños son los cambios visibles que se verifican en el alma humana. Gwynplaine se vió al mismo tiempo elevado á la cumbre y precipitado en el abismo; sentia el vértigo, pero vértigo doble, el vértigo de la ascension y el de la caída.

Ver un nuevo horizonte es temible. Una perspectiva dá consejos, no siempre buenos. Gwynplaine veia ante él el agujero mágico que forma una nube, que se desgarró y deja ver el azul profundo, tan profundo que es oscuro. Estaba en lo alto de la montaña desde la que se divisan los reinos de la tierra, montaña más terrible porque no existe; los que escalan su cumbre están soñando; la tentacion de ella es el abismo, y es tan poderosa, que el infierno espera en su cima corromper al paraíso y el diablo lleva allí á Dios, abrigando la extraña esperanza de fascinar á la eternidad: ¿cómo ha de luchar el hombre donde Satán tienta á Jesús?

Desde esta montaña se ven palacios, castillos, el poder, la opulencia, todas las felicidades humanas alrededor, un mapamundi de goces expuestos en el horizonte, una especie de geografía radiante, en la que es el centro el que contempla ese espejismo peligroso.

Figuraos qué turbación debe causar semejante visión aparecida de súbito, sin precauciones anteriores, sin transición visible.

Gwynplaine era un hombre que se quedó dormido en el agujero de un topógrafo y se despertó en lo más alto del campanario de Strasburgo.

Cuando Gwynplaine se quedó solo, se puso á andar á grandes pasos por la cámara.

Dominado por extraña agitación, y en la imposibilidad de estar quieto, meditaba, ensimismándose en sus recuerdos. ¡Es sorprendente fenómeno estar siempre oyendo lo que apenas creímos haber comprendido!

La declaración de los naufragos que le leyó el sheriff en el subterráneo de Southwark le acudía á la memoria clara é inteligible, se acordaba de cada palabra de ella y le refrescaba las reminiscencias de su niñez.

De repente se paró, con las manos á la espalda, mirando al techo, queriendo sin duda mirar al cielo, y exclamó:

—Esto es la revancha!

Le pareció que lo veía todo: su pasado, su presente, su porvenir, á la luz de una claridad súbita.

—Ah! gritó, porque el pensamiento, como el corazón, tiene sus gritos.—Ah! yo era un lord! Todo se ha descubierto! ¡Me robaron, me vendieron, me desheredaron y me abandonaron para que pereciese en el abandono! ¡El cadáver de mi destino ha flotado quince años en el mar, y de repente ha tocado tierra y se levanta derecho y vivo! Renazco. Por eso sentía yo palpar bajo mis harapos algo que no era de miserable, y al volverme á mirar á los hombres conocía que solo eran un rebaño, pero que yo no era su perro, sino su pastor. Pastores de pueblos, conductores de hombres, guías y señores eran mis padres, y lo que ellos eran yo soy. Soy gentil-hombre, y poseo espada; soy barón, y ciño un casco; soy marqués, y uso penacho; soy par, y llevo una corona. Todo eso me habían robado! Siendo un habitante de la luz, me condenaron á morir en las tinieblas. Los que proscibieron al padre vendieron al hijo. Cuando murió mi padre le quita-

ron de bajo de la cabeza la piedra del destierro, que le servía de almohada, y me la ataron al cuello, arrojándome con ella á un albañal. Los bandidos que torturaron mi infancia se remueven y se levantan ahora en lo más profundo de mi memoria: sí, los vuelvo á ver!... He sido el pedazo de carne picoteado sobre una tumba por una bandada de cuervos.

Me precipitaron, para que me estrellasen los que van y vienen, para que me pateasen todos, á la profundidad más honda del género humano; más hondo que el criado, que el siervo, que el pária, arrojándome al sitio en que el caos se convierte en cloaca. De ésta es de donde salgo: ¡desde ella me remonto, desde ella resucito, y soy lord! Esta es mi revancha!

Se sentó, se volvió á levantar, se apretó la cabeza con las manos y continuó su monólogo tempestuoso:

—En dónde estoy? En la cumbre. ¿A dónde he llegado? A la cima. Es un hecho que soy todopoderoso. De este templo aéreo yo soy uno de los dioses: vivo en lo inaccesible. Esta altura, que con asombro contemplaba desde bajo, y desde la que caían tantos rayos, que me obligaban á cerrar los ojos; la fortaleza inexpugnable de la señoría, donde viven los dichosos, me abre sus puertas y entro en ella. He entrado ya. La rueda de la fortuna ha dado una vuelta por completo: ¡ayer estaba bajo y hoy estoy arriba! Arriba para siempre! Soy un lord, llevaré manto de escarlata, tendré flores en el escudo, asistiré al coronamiento de los reyes, á los que tomaré el juramento; juzgaré á los ministros y á los príncipes; en una palabra, viviré! Desde las profundidades adonde me lanzaron me remonto hasta el zenit. Poseo palacios en la ciudad y en el campo; hoteles, jardines, bosques, carrozas, millones; daré fiestas, formularé leyes, podré escoger mis alegrías y mis felicidades, y el vagabundo Gwynplaine, que no tenía derecho ni á coger una flor entre la yerba, podrá coger astros en el cielo.

Fúnebre retorno de la sombra en el alma: así se operaba en Gwynplaine, que fué un héroe, y que no había dejado de serlo, el reemplazo de la grandeza moral por la grandeza material. Transición lúgubre, quebrantamiento de una virtud por una horda de demonios que pasa. Sorpresa causada al lado débil del hombre. Todas las inferioridades que se tienen por superioridades, las ambiciones, las voluntades, las pasiones, las concupiscencias, arrojadas lejos de Gwyn-

plaine por la muerte de su desgracia, se volvian á apoderar tumultuosamente de su corazón generoso. ¿A qué se debía todo esto? Al encuentro de un pergamino, que encerraba una calabaza que escupió el mar.

Gwynplaine bebía el orgullo á grandes sorbos, y esto le oscurecía el alma, porque ese es el producto de ese vino trágico. Le invadía el aturdimiento, y no solo él lo consentía, sino que lo saboreaba, por efecto de haber sufrido larga sed. ¿Somos cómplices de la copa que nos hace perder la razón? Gwynplaine siempre había vagamente deseado la grandeza, y miraba siempre hácia la parte de los grandes, y mirar es desear. El aguilucho no nace impunemente en el aire.

Había ya ciertos momentos en que ser lord lo encontraba muy natural, á pesar del poco tiempo que lo era: el pasado de ayer estaba ya muy lejos de él.

Se resiste mejor á la adversidad que á la prosperidad. Salimos más enteros de la mala suerte que de la buena. Caribdis es la miseria, pero Scila es la riqueza. A los que desafían al rayo les aterra el deslumbramiento. Gwynplaine, que no se asombraba del precipicio, debía temer que le remontasen las legiones de alas de la nube y del sueño. La ascension le elevaría empuñándole. La apoteosis encierra el siniestro poder de abatir.

Conocerse á sí mismos en medio de la felicidad no es fácil. El acaso no es más que un antifaz, cuya fisonomía engaña. Es la de la Providencia? ¿Es la de la fatalidad? Existen falsas claridades: la luz es la verdad, pero un resplandor puede ser una perfidia, y parece que alumbraba, pero incendia. Es de noche: una mano enciende una vela; el vil sebo se convierte en estrella, y colocada en la oscuridad, á la orilla de una abertura, la mariposa nocturna se lanza á ella. ¿Hasta qué punto es responsable? La mirada de fuego fascina á la mariposa nocturna, como la mirada de la serpiente fascina al pájaro. ¿Es posible que la mariposa y el pájaro se resistan? ¿Es posible que la hoja se niegue á obedecer al viento? ¿Es posible que la piedra rehuse cumplir la ley de la gravitación? Estas cuestiones materiales son también cuestiones morales.

Después de la lectura de la carta de la duquesa, Gwynplaine se había redimido, resistiendo á impotentes ataques; pero las borrascas, cuando agotan el

viento por una parte del horizonte, empiezan por la otra, y el destino, como la naturaleza, tiene sus encarnizamientos. El primer golpe conmueve, el segundo arranca las raíces; así caen las encinas: así Gwynplaine, que había vencido el furioso viento del abismo en su doble forma de tempestad y de miseria, vacilaba ante el débil soplo de una vanidad.

Cuando la fatalidad ha agotado las agonías, las tempestades, los rugidos y las catástrofes contra el hombre que lucha con ella y permanece en pie, aquella se sonríe, y el hombre, embriagado, bruscamente pierde el equilibrio. ¿Hay algo más terrible que la sonrisa de la fatalidad? Es el último recurso del que se propone implacablemente experimentar el alma de los hombres.

Gwynplaine sentía en el cerebro el torbellino vertiginoso de una multitud de novedades y el claro-oscuro de la metamorfosis de no sé qué extrañas confrontaciones, el choque del pasado contra el porvenir; veía en él dos Gwynplaines: mirando hácia atrás veía un niño, cubierto de harapos, hijo de la noche, corriendo por las soledades, tiritando de frío, hambriento y haciendo reír; y mirando hácia adelante, veía un señor brillante, fastuoso, soberbio, deslumbrando á Londres; se quitaba el primer traje y se vestía el otro, y pasaba de saltimbanqui á lord. Cambios de piel, que producen muchas veces cambios de alma. Había instantes en que todo esto le parecía un sueño complejo, malo y bueno. Pensaba en su padre y le afligía el dolor de que su padre le fuese desconocido, y quería imaginarse cómo era. Pensaba también en su hermano, de quien le había hablado Barkilphedro. Gwynplaine tenía familia y se perdía haciendo castillos en el aire.

—Además, seré elocuente, se decía á sí mismo.

Imaginábase su espléndida entrada en la Cámara de los Lores. Llegaría allí lleno de novedades, porque guardaba de ellas gran provision, y consideraba que era ventajoso para él encontrarse entre ellos, habiendo sufrido y padecido mucho y pudiéndoles decir: ¡Vi de cerca lo que vosotros solo veis de lejos! A los patricios que rechazan las ilusiones les hará ver la realidad y temblarán, y le aplaudirán y será poderoso entre los poderosos, apareciendo como el portastandarte de la verdad y como el portaspada de la justicia.